



La cita, como todo lo afirmado en esa carta, ha sido aceptada sin la menor atinencia por los comentaristas de Mariátegui. El autor de los 7 Ensayos parece haber mantenido en la edad adulta esa introversión adolescente que le atribuye Alfredo González Prada, recordando a los Colónidas y a Juan Croniqueur: "... era entonces un mozo tímido, triste, de grandes ojos negros, dulces y empavorecidos, simpático aunque poco efusivo, que se mantenía al margen de nuestro grupo...". Además, ese aparente desapego por las confidencias, parece asemejarlo a otros ensayistas y escritores que se han mantenido distantes de la autobiografía (Haya, Porras, Romero, para mencionar sólo a los de su misma generación), o que la han ejercitado con renuencia, sin entusiasmo, tercamente introvertidos.

Las Memorias de Luis E. Valcárcel, que se inician con una descripción personal, quizá demasiado morosa, del Cusco a comienzos de siglo, poco a poco derivan en un recuento de actividades académicas, congresos, investigaciones, enumeración de intelectuales, que terminan ocultando cualquier intimidad. Se podría decir que en este caso no se trata exactamente de una memoria: dictado por Valcárcel, el texto definitivo fue organizado por un equipo (Deustua-Matos-Rénique), pero una sensación similar se repite al leer *La vida y la historia* de Jorge Basadre. Aunque el supuesto lugar central de las experiencias aparece subrayado desde el título, tanto cuando se ocupa del problema de Tacna y Arica, como refiriendo el proceso electoral de 1945, la confidencia, el testimonio íntimo de quien precisamente vivió esos acontecimientos, la opinión personal (con toda su inevitable parcialidad y apasionamiento), terminan sustituidos por un equilibrado análisis historiográfico. En otras palabras, la asepsia del científico social se impone. El hombre consigue preservar el coto reservado de su intimidad. Quienes conocimos a Basadre pudimos darnos cuenta que su franqueza iba siempre acompañada de una invencible timidez; el temor a herir, a perjudicar inútilmente a cualquier persona, pero también —como en Francisco García Calderón— la búsqueda casi instintiva de protección frente a un medio, que más allá de las paredes del archivo o la biblioteca, se suponía hostil.

No es el caso de Luis Alberto Sánchez. Polemista agresivo, por el contrario, hombre público, elogiado o criticado pero siempre en la escena. Hasta ahora ha escrito cuatro gruesos volúmenes a los que titula *Testimonio personal*; desde la primera página explica que reflejarán su punto de vista, pero evitando siempre herir cualquier intimidad. "Él es de los que creen —dice Sánchez utilizando la tercera persona— que aquello que nos llega por boca, oídos y ojos,

Los predios del alma

Mariátegui: el tiempo y la historia

Alberto Flores Galindo

"Aunque soy un escritor muy poco autobiográfico..."; de esta manera se disculpaba Mariátegui ante Glusberg de las omisiones que podía tener el sucinto recuento de su vida que, obligado por los requerimientos de *La vida literaria*, envió a Buenos Aires en enero de 1928.



de afuera hacia adentro, pertenece irrenunciablemente a los predios del alma, y que el alma sólo se abre ante Dios". Parece ser un postulado asumido por otros políticos en el Perú. En efecto, pocos han incurrido, como Echenique, en la composición de memorias. Algunas, como las de Mendiburu, se mantienen inéditas. Entre aquellas que han sido publicadas podría mencionarse el libro de Ravines *La gran estafa*, donde hay una tensión permanente entre una prosa que quiere ser vital y un autor empeñado en repensar su trayecio-

ria desde un anticomunismo obsesivo. En el caso de Víctor Andrés Belaúnde, la tentación por la confidencia —en un persistente lector de San Agustín, familiarizado además con las preocupaciones de Julián Green— es mayor pero termina sofrenada por una militancia católica ultramontana igualmente obsesiva.

A pesar de lo que Mariátegui decía a Glusberg, en realidad difiere de todos los escritores anteriores. Es cierto que nunca imaginó redactar una autobio-

grafía y que su vida tan breve como intensa, no le permitió pensar en elaborar alguna memoria, pero en sus ensayos y artículos, en cualquier momento puede asaltarle un recuerdo, que a renglón seguido añade al compás de la máquina de escribir. Así, —por ejemplo, escribiendo sobre Gorki, en una tarde sorda y opaca, evoca otra tarde similar cuando fue a visitar al escritor ruso en Saarow Ost; a su vez, el paisaje de ese sanatorio alemán recuerda a los "paisajes —dice Mariátegui— que yo había gustado por primera vez en mi infancia, con

un alpeste y ládino sabor a leche Nestlé. Paisaje seguro para niños y convalecientes donde uno no podría nunca extraviarse, porque sus caminos lo toman enseguida de la mano para guiarlo". De esta manera nos revela las sensaciones que debió tener ese niño enfermo, recluso entre adultos en la Maison de Santé. Sólo después de este período regresamos a Gorki.

En otras ocasiones, la confidencia sigue un camino indirecto: al escribir sobre un escritor afín, nos sugiere que comparte experiencias y sensaciones similares, como esa emoción por la infancia, la playa y el mar, que para Valcárcel se identifica con Pisco y para Mariátegui con el tiempo transcurrido en Huacho. Pero a veces la autobiografía sirve, en cambio, para distanciarse de otro escritor: "Mi amor a la escritura, es probablemente lo que me separa de Martín Adán". También sobre Adán, al referir las condiciones que hicieron posible *La casa de cartón* (el guiso, el asfalto de la Foundation, las reformas de Billinghurst), Mariátegui propone algunas claves para su propia ubicación. Antiguo hábito de la confidencia que se encuentra frecuentemente en los artículos que como Juan Croniqueur publicaba en *El Tiempo*. Así, en 1917, comentando un poema de Alberto Hidalgo, proclamamos entusiasmo por el siglo XX y la modernidad: "Yo lo encuentro bueno, grande y magnífico, siento feliz porque he nacido en él. Me gustan las carreras de caballos que son muy anticríticas y muy gentiles. Me place el paseo en automóvil. Me alegra la luz eléctrica. Me agrada el aeroplano. Me interesa el cinematógrafo..." No parece el personaje poco efusivo que recordaba Alfredo González Prada. Emplazado en su tiempo, quiere, desde el inicio, un testimonio.

Los ensayos de José Carlos Mariátegui (esos textos de Chaplin son otro ejemplo) tienen una frescura, conservan sabor a "recién escrito" que debe no sólo a una prosa salpicada de algunos galicismos sino también a su especial habilidad para introducir un toque de intimidad, una confidencia un recuerdo que abre una imprevista comunicación con el lector, a medio camino de la interpretación o cuando aparentemente sólo se trata de un análisis literario. Sería posible construir la vida de Mariátegui guiado por él mismo, si uno tiene la paciencia mínima para char todas las referencias gráficas y ordenarlas cronológicamente. Terminaríamos de esta manera quebrando la distinción entre el político, el crítico, el sociólogo, para encontrar finalmente al escritor y, por lo tanto, dibujaríamos también una imagen inusual de un político que no teme a la confidencia y no oculta los predios del alma. Ese fue realmente el camino que desde la adolescencia precoz se prolongó en el